

CELCIT. Dramática Latinoamericana 348

EL CALOR DEL CUERPO

Agustina Muñoz

PERSONAJES: M (2) / F (2)

Ana

Raquel

Él

Viejo

Se encienden de repente muchos tubos de luz que encandilan a las actrices.

Raquel está acostada de espaldas al público, una mano le cuelga por la espalda y se apoya en el suelo, Ana canta bajito una canción, algunas partes se las sabe de memoria, otras las inventa. Alarga los finales de las palabras, varía la melodía a su gusto mientras se distrae mirando el cielo, la arena.

Ana cada tanto la pateo suavemente a Raquel. Después de un rato, con una patada un poco más fuerte:

Ana: ¿Estás dormida?

Raquel: No

Ana: Ah...

Raquel se da vuelta, queda boca arriba, empieza a tararear la canción que estaba cantando Ana.

Ana espanta un mosquito.

Raquel: -Ahora vamos a hablar de amor. (Se queda en silencio, como si pensara por primera vez en el significado de esa frase. Probablemente se quede un rato pensando en el momento en el que fue dicha.) De repente dijo eso: -Ahora vamos a hablar de amor. -Bueno, le dije, con la voz bajita, -amor... Él no esperaba que yo estuviera tan predispuesta así que se quedó mirándome muy fijo; (dobla un

poco la cabeza para mirar a Ana, como para hacerle una aclaración) los ojos claros cuando miran fijo se vuelven muy tremendos. (vuelve a mirar al cielo) Le dije que no me mirara así porque me asustaba y me dijo que entonces, mejor habláramos del miedo. Y yo del miedo sí que no quería hablar... (silencio, Ana no responde, pareciera que se hubiera quedado pensando en algo pero no exactamente en lo que acaba de escuchar. Raquel se queda en silencio, no espera respuesta.)

Ana (al rato): Claro, del miedo no. (Se mata un mosquito en el brazo) Mirá la roncha que me hizo éste. Tengo algo en la piel, a vos ni se te acercan, cuerpo inflamable, inflable. Es terrible, si uno se pone a pensar, que te chupen la sangre.

Raquel (al rato, se mira los brazos, las manos): A mí no me pican porque tengo la piel toda seca, pura dureza...

Ana: La piel es lo más profundo, todo lo duro que tenés afuera, lo tenés adentro.

Raquel: ¿Eso quién te lo dijo? (Ana hace un gesto como que no se acuerda.

Raquel se vuelve a mirar el cuerpo): Es que ya no uso protector. Eso, ¿sabés qué significa?

Ana: Que ya no te importa.

Raquel: Claro... a vos te brillan los ojos, el brillo del ojo, estás salvada. (Levanta la vista al cielo.) Mirá, ni una nube. Anuncian lluvias pero no sé...

Ana: Qué ganas de lluvia, una lluvia que dure cuatros días seguidos... que se moje todo, que la gente no pueda salir de sus casas.

Raquel: ¿Lo viste?

Ana: No, anoche no durmió acá.

Raquel: Habrá conocido a alguna mujer.

Ana: Sí, es que hay tantas mujeres...

Raquel: ¿Sabés qué me da miedo? La competencia de las otras mujeres...pero eso no se lo podía decir.

Ana la mira un rato largo, Raquel no la mira, tal vez le da vergüenza esta

confesión, tan simple, tan sencilla. ¿Cómo vivir tranquila en un mundo con tantas mujeres?

Entra un hombre joven con el torso desnudo. Ellas lo miran, se erotizan.

Él: Hola.

Raquel: Hola. ¿Qué tal?

Él: Bien, acá... Me apuré a venir, quería saber si necesitaban algo, dicen que viene tormenta.

Raquel: No te preocupes, estamos bien.

Él: Ya sé, pero me preocupo, ser el único hombre no es fácil.

Raquel: Está el Viejo.

Ana: El Viejo todavía puede.

Raquel: ¿El hombre cuando no puede ya no es hombre?

Él: No hablemos de muerte.

Raquel: No.

Ana: pero no hablábamos...

Él se sienta, reposa con los ojos cerrados mirando al sol. Ellas los miran.

Raquel: ¿Cuál es tu parte más viril?

Él: Mi abdomen.

Ana: Tu quijada.

Raquel (la mira sorprendida): Qué palabras usás...(a Él) Yo iba a decir que tus pantorrillas. (podría ser que se vea cierto coqueteo por parte de ella)

Él- (la mira, como si lo que acababa de decir hubiera sido una confesión de amor, tal vez, de amor y deseo. Pantorrilla de repente es una palabra preciosa, se acalora. Se incomoda de algo que provoca en Él esa mirada, saca la vista de ella y mira al mar) Vendimos todas las ensaladas de fruta. Estaban más ricas que de costumbre, tenían pedazos grandes, dulces.

Raquel- Era el mango que estaba distinto, parecía de almíbar.

Él- Vi que la están trayendo de más arriba la fruta.

Ana- Sí, y al mismo precio.

Raquel: Debe ser por el calor que compraron tantas.

Ana: Eso es relativo.

Él: No sé, hoy la gente transpiraba mucho.

Ana: Qué asco. (después de un rato) Dicen que te dan ganas de bailar y tomar cerveza en la vereda. El turismo mundial es un fraude.

Él: Tampoco vengas a hablar del turismo mundial.

Raquel: Una cosa es estar de paso y otra muy distinta quedarse.

Ana: Pero viste eso que dicen que los climas cálidos hacen a la gente más extrovertida, liviana... ¿viste? Eso dicen y qué querés que te diga, a mí todo esto me tira para atrás. Y a vos también se te ve un poco...

Raquel: Seca.

Ana: Sí... (A Él.) ¿Volvieron a dejar la naranja de la ensalada de fruta?

Él: Sí, me fijé en los pots vacíos de la playa y en casi todos dejan las naranjas...

Raquel: Es raro. ¿Por qué no les gustan las naranjas?

Ana: ¿Dejan la naranja o la pulpa?

Es como si esta pregunta diera lugar a una duda existencial.

Él: no sé, los pedazos...

Ana: Tal vez no tendríamos que ponerle más y listo: mango, banana, pelón, papaya, frutilla y listo, sin naranja.

Raquel: Las naranjas las tenemos que comprar igual para el jugo así que a nosotros nos da igual ponerlas o no ponerlas; las deberíamos tirar si no las usamos. Y yo no quiero tirar nada.

Ana: Dejemos la naranja. Además, la gente se va a decepcionar si no tiene naranja para dejar en el fondo. Compran ensalada de fruta con naranja aunque no les gusta la naranja para poder dejarla en los pots. Les vendemos lo que no quieren para que lo puedan tirar.

Él: ¿Pero no deberíamos contentar a la gente y dejar de poner algo que se ve que no les gusta?

Raquel: No sé por qué estamos hablando de esto, a mí lo que le guste a la gente me da igual.

Ana: Estamos hablando de negocios. No vinimos a esto.

Raquel: No.

Él: Igual estuve pensando... repartamos la plata de lo de hoy y listo. Sigán haciendo las ensaladas ustedes, yo creo que voy a empezar a hacer collares de coco.

Raquel lo mira, no entiende porqué decidió eso.

Ana: Como quieras. Sos hábil con las manos.

Él: No sé, lo tropical para mí es el rebusque.

Raquel: (después de un rato, con los ojos cerrados, como una reflexión que la intriga) Yo no me banco más a los hippies.

Silencio. Tal vez nadie se soporte más. No soporten más los cuerpos, y las ideas que por ellos pasan.

Ana (luego de darle vueltas a la idea): ¿Pero vos decís que te salís del tema de las ensaladas y te dedicás sólo a los collares?

Él: Sí, voy a probar.

Ana: Por ahí te arrepentís.

Raquel: Hacé como quieras.

Él: Igual se las reparto en la playa si quieren...

Ana: Como quieras.

Se quedan callados; podría ser que piensen en las ensaladas de fruta, en el calor, en la supervivencia, o simplemente se queden ahí, sintiendo el peso de los cuerpos sobre la arena. El sudor no humedece la piel.

Raquel (al rato): Podríamos sacar una tanda a la tarde, ¿te parece? para aprovechar la buena racha.

Ana: Sí.

Raquel se para, saca un cajón con frutas. Se pone a pelarlas, saca las semillas de los gajos, de los corazones frutales; las corta con un gran cuchillo. De las naranjas sale jugo que se escurre por las manos de ella, por la tabla de madera. Un enchastre de jugo interior dulce.

Raquel: (a Él) Esto es la pulpa, ¿ves? lo que se convierte en jugo.

Ana le alcanza el bronceador a Él. Raquel la mira primero a ella y luego a Él. Él destapa el envase y se pasa crema por el cuerpo. Ella lo mira mientras se desparrama la crema, cuando Él registra esto, también la mira. Ella la mira a Ana. Él se termina de desparramar la crema, tímidamente, ya no tiene ganas de hacerlo.

Pasa el tiempo, el sol por los cuerpos. Raquel mira el horizonte sobre el público, ¿al mar? Le aparece un recuerdo que le enciende la mirada de un brillo que se ve triste.

Raquel: No me acuerdo cómo empieza. Ah, sí, ya está, dice: "Hombres impasibles a la lejanía maravillosa, al cielo entre los barcos, al paisaje de conjunto- y esta es la parte que más me gusta- al suelo atiborrado de objetos de lugares remotos como pedazos de mundo en el melancólico corazón de un mar..."

Él-(sin mirarla, sigue acostado) ¿Cómo sigue?

Raquel-(lo mira) No me acuerdo más, me aprendí hasta ahí. Me lo regaló un hombre.

Ana- A mí me cuesta aprenderme las cosas de memoria; ni las canciones me aprendo, no importa cuántas veces las escuche.

Él-¿En serio? Parecés melancólica.

Ana- ¿Decís que tiene que ver con la memoria eso?

Él- ¿Decís que no?

Ana- No sé, lógicamente sí, pero fijate que no... Ella (señala a Raquel) es más melancólica.

Raquel (al rato): La gente que se va no puede volver.

Ana: ¿La gente que se va adónde?

Raquel: Que se va lejos.

Él: ¿Que se va lejos solo o con alguien?

Raquel: No sé... con alguien.

Él- Si se va lejos con alguien, vuelve, después de un tiempo, solo, sin la persona que lo acompañaba. Pero después, se vuelve a ir y ahí sí es para siempre

Ana- Después no vuelve nunca...

Raquel y Ana siguen cortando fruta.

Ana: (a Él) El Viejo anoche no durmió acá. ¿vos lo viste hoy?

Él: Tiene una novia en el pueblo.

Ana: Pero al Viejo no le gustan las morenas.

Él: Sí, yo lo vi. Hace un tiempo que se pasea con ella.

Ana: ¿Pero cómo? ¿Una novia? ¿Y la ama?

Raquel (que de repente vuelve en sí): ¿Cómo que la ama?

Él: No sé si la ama. Podría ser que la ame.

Ana: ¿Pero y ahora? Se va a ir.

Raquel: Si se va es porque no puede...subirse a un barco y dejar en puerto a la persona que uno ama, alzar el brazo, extenderlo para acortar la distancia entre la proa y el muelle, los cuatro ojos que no se sueltan, y después la imagen que se esfuma. Dicen que hay que tener un amante en cada puerto, para poder despedirse una y otra vez. Para mirar una foto y llorar pensando en lo hermoso que pudo haber sido todo. Como la gente que ama el mar porque lo tiene lejos, ¿quién se anima a vivir en el mar?

Él: ¿Vos?

Raquel: (casi en un susurro) No.

Él: En tu boca se ve todo tremendo.

Raquel: Lo que es tremendo se ve tremendo en cualquier parte.

Él: Es que el Viejo se distrajo, a propósito o por cansancio, no sé.

Raquel: Tal vez por Viejo.

Ana: No entiendo... ¿A este hombre qué le pasa?

Él: Lo vi hace un rato, con el cuerpo derretido... parecía feliz.

Raquel: Ahora se va a tener que ir para poder extrañar a la nativa.

Ana: Sí, se va a ir...

Raquel pela una naranja, se la come, chupa el jugo.

Raquel: Con este calor no se puede llorar...(mira al cielo) Está todo despejado, hoy no va a llover.

Ana se levanta.

Ana:(a Raquel) ¿Y ahora estará con ella?

Él: Seguro.

Raquel: (Raquel hace un rato que piensa y especula e imagina probabilidades) Tal vez no se vaya.

Ana: (a Él) ¿Y de qué hablan? ¿Se dicen palabras amorosas? ¿Él le dice que es el momento más feliz de su vida? ¿Él la eligió a ella o ella a Él?

Él: Se eligen mutuamente.

Ana: Alguien siempre empieza.

Raquel: ¿"Elegir" de elegir a una persona entre la multitud y mirarla hasta que se pierde entre la gente y desear que alguna vez nos la volvamos a encontrar y nos invite un trago o "elegir" de mirarla, pararse, acercarse y hacerle saber que la elegiste? Porque si es esto último alguien siempre elige primero.

Él: Es decir: me gusta esa mujer, la quiero tener entre mis brazos.

Ana: ¿Eso le dijo el Viejo a la morena?

Él: No sé qué le dijo, la sacó a bailar. Le debe haber dicho algunas cosas al oído, con el aliento caliente.

Ana: Voy a caminar un rato.

Él: ¿Vas a espiar a los turistas?

Raquel: ¿Ya son las 3?

Él: (mira al cielo) Casi. Anunciaron tres barcos para hoy.

Ana: Quiero ver qué llega. Ojalá haya un grupo de holandeses.

Raquel: ¿Ayer cómo estuvo?

Ana: Mal.

Raquel: ¿Crucero gay?

Ana: Ni me hables.

Ella corta una manzana, juega con el jugo dulce de la naranja, la succión tibia entre los gajos, las gotas que mojan los labios.

Raquel: ¿Y vos? Te vi el otro día con una rubiecita que te sacaba fotos con una Polaroid.

Él: Normal...

Raquel: ¿Cuáles son tus preferidas?

Él (piensa un rato): Las suecas... aunque a veces me dan un poco de impresión.

Raquel: ¿Demasiado blancas?

Él: No, cuando bailan salsa, borrachas, con las caras rojas, hirviendo por tanto sol. ¿Y a vos, cuáles te gustan?

Raquel: No sé, me da lo mismo, no tengo preferidos. (Le da un gajo de naranja, comen los dos) Me acuerdo cuando te vi por primera vez. Estabas en la posada leyendo un libro en la hamaca paraguaya. Me gustaba porque tomabas una coca, ni guaraná ni licuado adentro de un coco, coca-cola en botellita de vidrio...

tomabas del pico, eso me gustaba. Estabas leyendo un libro de cuentos cortos.

Él: Hemingway, creo.

Raquel: Cierto... Y yo me senté cerca, no tan cerca tampoco porque sentía que te invadía un poco sino... Y yo también saqué un libro y te espiaba de costado. Y me pedí un café aunque hacía calor para el café, pero ¿sabés qué? No se me ocurrió ninguna otra cosa para tomar, quería algo suave en la lengua, calentito. Ese día yo estaba un poco triste, creo...

Él: ¿Y qué pensaste de mí?

Raquel: Que tenías un pelo muy lindo, suave y liviano, como para que se lo llevara el viento y vos te lo corrías con la mano para despeinarlo, un gesto, no sé... como si te pasaran cosas que no comprendieras... y leías tu libro así (lo imita) y cada tanto te acariciabas la nariz como si fuera la nariz de otro, una nariz conocida pero no la tuya y tus ojos no se despegaban de la página, y a mí me

daba mucha curiosidad saber qué leías y qué pensabas de todo eso que leías, y después te miré la boca y te la quería tocar, porque era chica y permanecía entreabierta... así como ahora. (Se queda un rato en silencio) No sé para qué me preguntás, yo necesito un lugar donde arrojarme y saber que siempre, siempre eh, voy a tener espacio. Porque besar a alguien sabiendo que va a haber un día en el que no lo vas a querer besar más...

Ella mira al frente, Él la mira un segundo y vuelve a mirar para adelante. Ella se pone anteojos de sol y se acuesta. Apagón.

Él está sentado, Raquel está en la misma posición que antes. Él agarra la cachimba y empieza a tocar. Entra Ana. Raquel es como si no estuviera.

Ana: Lo vi al Viejo. Está con una mujer, es verdad, una de acá, morena.

Él: ¿No viste a los turistas?

Ana: Sí, un tour de parejas, ahí no me meto. Pero al Viejo sí lo vi ¿Y sabés qué hacía? Bailaba lambada con la morena. Le gusta, ya me di cuenta. Así que nos va a dejar, en un rato nos deja, el nomadismo del que ama. ¿No te asusta que nos deje?

Él: Trato de no pensarlo así, como un abandono. Igual...

Ana: ¿qué?

Él: Nada

Ana: Recién en la plaza se agarraban de los pelos dos señoras que compartían al mismo hombre. Acá no hay secretos.

Él sonrío. Y le aplasta un mosquito en el hombro

Ana: ¿Viste? Así todo el día...bichos de mierda. No te voy a preguntar qué te parece ella...

Él: ¿Ella quién?

Ana: La morena con la que está el Viejo.

Él: Está bien.

Ana espera que Él, tal vez, le cuente algo, un detalle, un dato que complete un poco la imagen que se ha formado de esa mujer, pero no, Él no le cuenta.

Él: Yo tengo secretos.

Ana: Yo también tengo secretos. ¿De cosas que hiciste o de cosas que pensás?

Él: Más de cosas que pienso, y algunas que hice, menos, pocas.

Ana: Como yo... Algunos secretos míos te espantarían. Si te los contara no creerías que es cierto, pensarías que son de otra persona.

Él: ¿Harían que no te hablara más?

Ana: No creo, tal vez sólo tendrías reparos en quedarte tan cerca mío. Pero no, con el tiempo no te importarían demasiado. ¿Y los tuyos?

Él: no tengo idea... no tengo idea qué te pasaría. ¿A vos te pone muy triste que se vaya el Viejo?

Ana: Yo no puedo contarte todo.

Él: Algo.

Ana: Ni siquiera algo.

Él: ¿A vos te gustan los hombres que pueden descifrar a las mujeres?

Ana: (piensa) Creo que no (piensa de nuevo) No, no; a mí me gustan los hombres de espaldas anchas. ¿Vos qué hacés cuando te gusta una mujer? Algo particular que no hagas con las que te gustan poco.

Él: Le doy besos en los ojos.

Ana: ¿Cómo? Mostrame.

Él le hace cerrar los ojos y le da un beso en cada párpado.

Ana: Qué lindo eso que hacés. A vos te deben amar todas.

Él: No tanto. ¿Y vos qué hacés cuando un hombre te gusta mucho?

Ana: Yo lloro (sonríe).

Él: Ah. Banderita roja hay.

Ana: (mira al mar) Cuando el mar está revuelto da miedo.

Él: Señal que cabalgamos.

Ana: ¿Qué cabalgamos quiénes?

Él: La humanidad.

Ana: ¿Qué tiene que ver la humanidad con el mar?

Él: Tiene todo que ver.

Ana: ¿Nosotros estamos revueltos, decís?

Él: No sé, tal vez.

Ana mira al mar, intenta descifrar lo que están hablando.

Ana: (lo mira a Él) Tenés la boca chiquita y así...

Él: Entreabierta. Si, ya me lo dijeron.

Ana: (vuelve a mirar al mar) Hoy el mar está monstruoso.

Siguen mirando adelante, al mar.

Ana: Siento que el mar me dice cosas, es lo que decís, cosas de la humanidad, o más, no sé. ¿Cómo hacés para mirarlo tan tranquilo? Las olas que se enrulan y no paran de venir una y otra vez. Es demasiado, tal vez hoy me muera.

Apagón

Están ellas sentadas. Raquel acostada como antes y Ana en el piso, como terminó antes del apagón. Llega Él.

Él: (Agitado) Vengo de un rescate en la playa, se ahogaron dos chicos, recién recién los acaban de sacar...

Ellas se paran, están los tres adelante mirando en dirección al mar.

Raquel: ¿Dónde?

Él- Allá, ¿ven? Donde está el gomón naranja.

Ana: Uy, está lleno de gente.

Él- Es que tardaron un rato en poder sacarlos, hay bandera roja, pero la gente se mete igual.

Ana-Es que los chicos no se dan cuenta.

Él- No saben qué tremendo fue, en un momento no se los vio más. Yo vi cómo

entraban al mar, eran dos hermanos con un barrenador cada uno, y se empezaron a meter, a meter para buscar la rompiente que es donde están las olas más grandes. Entonces empiezan a hacer señas con las manos, la madre empieza a gritar.

Ana-¿Y el padre?

Él- (mira hacia la orilla) Ah, no, el padre no estaba. (retoma) Nos acercamos todos a la orilla y de un momento a otro no se los vio más, solamente agua.

Mucho dramatismo, mucho dramatismo.

Ana- Qué terrible. ¿Y los salvó el bañero?

Él- No, Milton, estuvo bárbaro.

Ana-Qué bueno Milton.

Raquel- Sí, qué bien.

Ana- Mirá, ahí lo aplauden..

Él- Se lo merece.

Se desarma la tensión de la orilla.

Él-(se acuerda que tenía algo que contarles) Lo vi al Viejo.

Ana- ¿Tanto le gusta?

Él: Tanto. Me dijo algo así como que ella tiene los ojos más negros que pueda recordar, y hay veces que si los mira muy fijo, le da tanto miedo que se escapa corriendo. Desaparece y a ella le resulta simpático, como si fuera una excentricidad de Él. Y lo espera hasta que da la vuelta, ya exhausto. Me contó que a veces tarda horas en volver y ella está ahí, esperándolo. Y no le pregunta dónde estuvo.

Ana: Te morís de miedo.

Raquel la mira un poco espantada. Aparece el Viejo, es como una aparición, llega tranquilo, los otros lo miran, lo observan.

Raquel: (Al Viejo) ¿Querés un poco de mango?

Viejo: Sí, por favor. (Lo agarra) Gracias, linda, te queda muy bien esa pollera.

Ana: ¿De dónde venís?

El Viejo no contesta. Come un poco de naranja y se va, vuelve a desaparecer. Los otros lo miran irse. Se desarman y se sientan.

Él- Él me contó todo, se va corriendo, la mira y sale, se va, como una fuerza que lo eyecta y corre, corre, corre y durante un rato no se cansa, no le falta el aire, nada, seguiría corriendo horas si hiciera falta. Como cuando estás en peligro que sólo pensás en alejarte de lo que te amenaza, el fuego, la electricidad, un oso... y no tenés frío, ni sueño, en lo único que pensás es en irte. A mí me pasó.

Raquel: (a Él) ¿te pasó lo mismo, decís? ¿con otras mujeres?

Él: No, una vez que me persiguieron para robarme y otra que me clavé un hierro en la pierna y tuve que correr dos kilómetros para que me lo sacaran.

Ana: ¿Te quedó la marca?

Él: Sí, acá ¿ves?

Ana: Uy... si... mirá Raquel.

Raquel: Ya la había visto. ¿Y qué le gusta tanto de ella?

Él: No sé, le gusta como no le gusta nadie.

Raquel: Siempre dicen eso ustedes, te hacen creer que sos la única y después no es así.

Ana: Es verdad, como si hubiera muchas únicas.

Él: Pero cuando te gusta mucho alguien, pensás eso, que es única.

Ana: Cierto.

Él: (a Ana) Vos no tenés cara de que te haya pasado.

Ana: Sí que me pasó, muchas veces me pasó, ese es el problema, que me pasa a menudo.

Él: Si te pasó muchas veces es como si no te hubiera pasado.

Raquel: Es verdad

Ana: ¿Y vos qué le das la razón?

Raquel: Es que si te pasa todo el tiempo no te pasa.

Ana: Basta

Raquel: (a Él) ¿Y vos?

Él: ¿Yo qué?

Raquel: ¿Al final qué?

Él: No sé.

Raquel: (a Ana) Nosotras estuvimos pelando fruta todo el día.

Ana: Todo el día no, también hicimos otras cosas.

Raquel: No sé... (duda)

Vuelve a entrar el Viejo. Las ve a ellas, discutiendo sobre si pelaron fruta todo el día o no.

Viejo: (Mientras come un gajo, ante la visión de dos mujeres secas) Ustedes deberían bailar más seguido, ¿saben bailar?

Raquel: Yo un poco.

Ana: Yo sí sé.

El Viejo saca a bailar a Ana, bailan un vals en la arena. Por un instante Ana es la mulata, el Viejo baila enceguecido, una mujer son todas las mujeres. Ana baila feliz. Raquel la mira, Él los mira, ellos están quietos, los otros, bailan, se animan.

Él: Pero no bailan nunca.

Raquel: Porque no nos dan ganas, ahora resulta que somos aburridas porque no bailamos. (Al Viejo y Ana) Como éste (lo señala a Él) que le da clasicitas a las rubias. Cualquier cosa hace

Él: Me las arreglo bastante

Viejo: (mientras baila, mira hacia donde están Raquel y Él) No, si yo lo vi, te movés bien.

Raquel le ofrece un gajo al Viejo, un intento de que detenga el baile.

Viejo: Hay que bailar más seguido, es así.

Él: (a Raquel) Dámelo a mí.

Raquel: Hagamos algo (a Él) contá un chiste

Ana y el Viejo parecen estar ausentes de todo esto que pasa entre Raquel y Él.

Él: A ver... (Cuenta un chiste. Ana se ríe a carcajadas, Raquel no se ríe y el Viejo sonrío)

Ana: Qué bien la podemos pasar.

Él: Sí.

Raquel: Él ya no hace ensalada con nosotras, se independizó.

Él: ¿Eso te molesta?

Raquel: Me enrarece.

Viejo: Está bien, el hombre debe buscar su camino.

Raquel: Pero si Él nos contó que vos te escapás corriendo.

Viejo: (la mira a Ana a los ojos) Pero le pongo el pecho también.

Raquel: No sé cuánto tiempo más puedas seguir corriendo.

Él: Ella se va a dar cuenta, vos te vas a cansar, todo se va a poner muy mal de golpe. Inevitablemente mal de golpe.

Ana: correr no lleva a ningún lado, nadar sí. Yo sólo sé nadar rana, y eso te limita, te encierra.

El Viejo deja de bailar, le da un beso en la mano a Ana, quien cae del encantamiento y tal vez, intuye, que el baile no tuvo que ver con ella.

Viejo: Qué tentación tener el mar tan cerca...

Raquel: Sí, para tirarse y dejarse ahogar.

Todos la miran.

Él: (Mirando al Viejo) Para un marinero no hay nada más misterioso que el mar.

Raquel: A mí pensar en marineros me da ganas de llorar.

Ana: ¿Cuántos cuentos de marineros te sabés?

Raquel: Como cien.

Ana: Qué linda sos. (A ellos) De memoria se los sabe.

Él: ¿Alguna vez le diste un beso a un marinero?

Raquel: No, y nunca le pienso dar.

Ana: Ah, no, los besos no se le niegan a nadie.

Él: ¿Cuento otro chiste?

Ana: ¿Me puse mal de repente, no? Es lo que decís, de golpe todo se pone mal.

Él: Yo pienso que tal vez el destino de todos sea el mar.

Ana: Yo de repente me agobio (se para).

Raquel también se para y empieza a cantar una canción mientras los otros la miran.

Raquel: /No me llores no, no me llores no/

Porque si lloras, yo peno/

En cambio si tú me cantas, yo siempre vivo y nunca muero/

En cambio si tú me cantas, yo siempre vivo y nunca muero/

Lucero de la mañana, el rey de todos los sonos/

Canta La Martiniana, ay mamá, que rompe los corazones/

No me llores no, no me llores no, porque si lloras, yo peno/

En cambio si tu me cantas, yo siempre vivo y nunca muero/

Si quieres que te recuerde, si quieres que no te olvide/

canta sonos del alma, ay mamá, música que no muere/

En cambio si tú me cantas/

yo siempre vivo y nunca muero/

Cuando termina, los mira a ellos

Raquel: Perdón, si no cantaba esto ahora, tal vez, me desmayaba.

Apagón

Duermen Ana y el Viejo en el piso. Raquel está echada sobre una reposera con lentes oscuros, a su lado Él, también con los ojos cerrados.

Ana: Ella estaba sentada en el piso con la espalda apoyada en la bajomesada y los ojos vendados con una corbata negra de Él. Ella tenía un camisolín de satén blanco y Él estaba vestido, creo. Estaban al lado de la heladera iluminados por la luz de la heladera. Y él empezó a sacar unas frutillas de la heladera y se las daba pero no se las ponía en la boca, se las dejaba cerca y ella las atrapaba con la lengua estirando el cuello. También le dejaba caer agua helada de cubitos derritiéndose y a ella se le erizaban la piel y los pezones y se estremecía toda. Después le dejaba caer miel en la boca y un poco se le chorreaba. Él la miraba y disfrutaba. A mí me preocupaba que ella tuviera frío, mucho no me gustaba. Después él la llevó a la cama, le sacó la venda de los ojos, ella los abrió grandes, empezó a ver después de estar mucho tiempo sin ver, y le ató las manos con la corbata y lo hicieron de una manera bastante convencional, él arriba.

Él se despierta, acomoda la reposera, el ruido hace que Ana se calle y se haga la dormida. El Viejo se despierta, la corre a Ana con cariño, casi paternalmente. Cuando se incorpora lo ve a Él que está despierto, lo saluda. Él se sienta en el piso.

Viejo: ¿Cómo te va con los collares de coco?

Él: Bien, pero era mejor con las ensaladas, hay muchos que trabajan con el coco. Hay que buscar otro material.

Viejo: Escamas de pez

Él lo mira, no le dice nada. El Viejo tiene un soliloquio sobre las escamas, asunto que parece llenarse el cuerpo de belleza. Le falta poco tiempo para irse al mar, pero se aferra a la vida que le queda como nunca, sólo puede ocuparse de cosas bellas: la morena, el baile, un pedazo de mango, la brisa del mar.

El Viejo: Nacaradas, fáciles de enhebrar, brillosas, únicas, verdaderas escamas de pez, más valiosas que las perlas. Escamas de pez espada, resistentes, filosas.

Escamas de neones cardinales, diminutas, tornasoladas. Escamas de salmón, delicadas, para mujeres frágiles. (Se interrumpe, lo mira a Él)

Viejo: (mirando a Raquel) ¿Y vos con ella? ¿Nada?

Él: Nada.

Viejo: Qué lástima.

Él: Puede ser.

Viejo: Ahora voy.

Él: ¿A ver a la morena?

Viejo: Por ahora sí.

Él: ¿Es la hija de la vieja que canta?

Viejo: Sí.

Él: No se parecen.

Viejo: No. Su padre era mulato.

Él: ¿Y tu novia también canta?

Viejo: No, no canta. Yo no la conozco a la madre, sólo de vista, dos mujeres de la misma sangre es demasiado, casi tóxico.

Él: ¿A qué huele?

Viejo: (piensa) A cebolla dulce y coco...

Él: No me lo puedo imaginar.

Viejo: No.

Él: ¿Huele todo el cuerpo igual?

Viejo: Sí. A veces me da miedo olvidarme de ese olor, pero eso nunca pasa, ¿viste? El olor uno no se lo olvida nunca. Por eso, cuando estoy con ella, no me preocupo por retener nada, ni su nombre, ni el sabor en su boca, ni la forma de su rodilla, nada. (Como si se acabara de acordar de algo) ¿Sabés qué? Cada vez que la estoy por ver, como ahora, siento que ya no la deseo, que no la quiero ver nunca más. Me escaparía sin pensar en sus lamentos ni en su dolor, me iría tranquilo.

Él: ¿Y si pensás en lo rico que huele, en sus caderas, tampoco?

Viejo: Tampoco... siento incluso un poco de asco.

Viejo: Porque me muero por verla.

Él: ¿Eso es el amor?

Viejo: Ah, yo de amor no hablo (con una cierta seguridad, conocimiento de uno mismo y a la vez, resignación triste).

Él: Ahora por ejemplo, ¿Te quedarías acá en vez de verla?

Viejo: No sé. Una parte mía estaría feliz de que desapareciera.

Él mira a las mujeres que duermen.

Viejo: (el Viejo se va, sin decir nada, es como un fantasma que aparece y desaparece, no se despide ni saluda) ¿Con las trenzas probaste? ¡Escamas de pez!

Él mira al mar.

Raquel: (Sin moverse ni quitarse los lentes de sol) No estoy dormida.

Él se la queda mirando, ella se deja.

Él mira para adelante, tal vez a un mar lejano. Ninguno se mira pero se sienten, seguramente haya una bola de intensidad entre esos dos cuerpos. Tal vez Raquel se quede quieta en la reposera y sienta cómo se le eriza la piel.

Él: Me pasa algo raro con las cosas que desaparecen en el horizonte, recién el mar se tragó un barquito, adentro había gente que se iba lejos, ellos veían cómo a mí me tragaba el infinito. No sé si me da tristeza o qué...

Raquel: No hables más.

Se quedan en silencio un rato.

Raquel: De tristeza y de barcos que desaparecen no hables más.

Silencio

Ana, que está acostada con la cara mirando al público, abre los ojos y escucha lo que hablan.

Raquel: El Viejo se va a ir.

Él: No sé...

Raquel: Yo creo que sí

Ana: Yo también creo que sí. El Viejo dormía al lado mío hace un rato, ahora se fue. Soñar es tan triste... Ojalá pudiera elegir no soñar, dormir tranquila, despertarme fresquita.

Él: ¿Tenés sueños muy tristes?

Ana: No, en mis sueños pasan sólo cosas lindas.

Raquel: Yo no sueño.

Él: Yo tengo sueños terribles.

Ana: (a Él) Por favor, ¿podés tocar algo con tu instrumentito?

Él agarra su cachimba y toca.

Él- (al rato) Creo que quiero volver a hacer ensaladas con ustedes.

Nadie le contesta, Ana hace un gesto, no se sabe si acepta, si no, si le da igual.

Llega el Viejo, todos lo miran como esperando que diga algo más, el Viejo los mira. Raquel se da cuenta de todo.

Raquel: ¿Te vas entonces? ¿Solo?

Viejo -Claro, solo. (Se da vuelta y sonríe. Parece un poco loco) Me voy al mar. Me dijo que me ama.

Él: ¿Ella sabe que te vas?

Viejo: No, no sabe. Ahora me está esperando, le dejé una carta en su casa, le escribí un poema que me contaste vos una vez.

Raquel: ¿Te lo acordabas todo?

Viejo: sí, me lo acordaba entero.

Ana: (a Raquel) ¿Qué decía?

Raquel: No sé cuál era.

Viejo: Decía cosas lindas, es probable que haya inventado algunas partes, pero estaba bien igual.

Él- ¿Y una foto tuya?

Viejo- No, una foto mía jamás, prefiero el recuerdo. La espié un rato antes de irme, revolvía crema en un bowl naranja. Estuve a punto de gritarle algo, ¿pero qué? Al final me fui, estaba hermosa.

Se produce un silencio extraño, nadie sabe qué decir. Tal vez se haga visible por primera vez la ausencia del Viejo. Tal vez los tres que se quedan piensen en el vacío del lugar, en su propia ida, en la imposibilidad de amar.

Viejo: Bueno...

Ana: (Lo interrumpe) Mirá Raquel, Él también tiene el brillo del ojo.

Viejo- ¿Qué brillo del ojo?

Ana- (Con la voz entrecortada) Ella dice que si te brilla el ojo estás salvado.

Lo mira al Viejo, que sonríe.

Ante la fijeza de la mirada de ella, se pone incómodo, no sabe qué responderle.

Ana: ¿No querés sacarme a bailar antes de irte? Quiero bailar.

El Viejo ya no quiere bailar con ella, es notable la diferencia entre el baile anterior y ahora, es como si hubieran pasado años entre un momento y otro. Ana entiende que el baile de antes fue una ilusión. El Viejo no quiere hacerle mal.

Ana: ¿No? ¿Es por el viaje? Está bien, para no cansarte... Entonces me voy al pueblo a bailar.

Ana se va.

Ana: (Antes de desaparecer, se da vuelta, tiene los ojos cubiertos de lágrimas) Miren el cielo, no va a haber tormenta. (Al Viejo) Dicen que el atardecer de hoy va a ser hermoso.

Se va. El Viejo se queda parado. Los tres no saben qué hacer. Silencio.

Ellos no le responden.

Viejo: ¿Y ustedes?

Raquel: ¿Qué pasa?

Viejo: No sé, preguntaba... como los vi ahí, juntos...

Raquel y Él se miran de reojo, ninguno sabe qué responder.

Se quedan los tres mirándose. El Viejo se va, quedan Raquel y Él mirando cómo se aleja. Él la mira, pareciera querer acercarse para darle un beso. Ella tal vez se da cuenta pero se queda quieta. El se acerca con su cara, cuando falta poco para llegar, se aleja. Y vuelve a mirar hacia adelante, desechando la posibilidad de un beso, tal vez para siempre.

Llega Ana.

Ana- Se fue el Viejo, consiguió un bote de madera... lo vi alejarse por el mar.

Llevaba un una caña de pescar y un bolsito.

Raquel- Se va a vivir al mar.

Ana: Justo hoy que va a llover a cántaros.

Él: ¿Tenía puesto un gorro?

Ana: No.

Él: El sol lo va a volver loco.

Raquel: Sí.

Ana: Ojalá se acuerde un poco en mí.

Él: Con los años tal vez piense que te amaba, te recuerde y lllore o te escriba una canción...

Ana: ¿Vos creés?

Raquel: (Luego de un rato) Basta Ana. No puedo escuchar más.

Baja la luz hasta llegar a un atardecer anaranjado, las figuras de los tres apenas se definen, casi no se les ven las caras. Los tres miran el mar. Se escucha el ruido de las olas por primera vez. Al rato Ana canta una canción, la misma del principio, la tararea, apenas el recuerdo vago de una canción. Sigue

escuchándose el mar. El mismo mar que se lleva cosas, que se las traga, que las oxida y las esconde. A veces el mar trae objetos a las costas desiertas. A veces.

Fin

Agustina Muñoz. Correo electrónico: agustinacaterina@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar